

Ejecutivas

Sugerencias y comentarios: ejecutivas@comercio.com.pe

El Principito

Con Bertha y tres de sus cinco hijos, comenzó en 1976 como grupo de teatro infantil. Hoy es la empresa de shows infantiles más rankeada.



Teatro en tu casa

Entre las obras más solicitadas figuran "La bella y la bestia" y "Pinocho". El costo de una función varía entre los US\$500 y US\$1.500.

Entrevista ►
BERTHA RUIZ

Tenía 45 años cuando su hija mayor le propuso crear un grupo teatral para niños. Empezó con títeres, comenzó a llevar teatro a domicilio. Hoy tiene 78 años y es la líder del mercado

“¡Yo no puedo estar sentada!”

ANTONIO ORJEDA

Bertha es pilas, ama el Sudoko, adora Barranco. Más de tres décadas atrás le abrió la puerta al alboroto. Desde entonces conduce El Principito, grupo de teatro para niños que ha devenido en una empresa que ofrece obras teatrales a domicilio. Sus puestas en escena han sido solicitadas por el presidente de la República (para vacilón de Federico Danton). Sí, usted pide y ella pone a “El mago de Oz” en su jardín. No se diga más, que se abra el telón y que pase Bertha Ruiz.

Usted tenía 45 años cuando su hija Rosa le planteó crear un grupo de teatro para niños. ¿Cómo así?
Ella estudiaba en la Universidad de Lima y una amiga le dijo para trabajar animando fiestas infantiles. La fui a ver. El espectáculo no estaba como yo hubiera querido, así que les dije que me mandaran su vestuario, que yo lo podía arreglar. Lo hice por ayudar, y ahí nomás mi hija me sorprendió con esto de armar un grupo. No. En ese entonces yo andaba de guantes, en reuniones en embajadas... Lo que ella me planteaba era hacer algo muy diferente.

El grupo de teatro se convirtió en una de las empresas de shows infantiles más rankeadas. Entre sus clientes figuran Gian Marco, Sandra Plevisani. Usted ni imagino que esto pasaría.

No... Ni bien dije que no, ¡ya estábamos metidos en el asunto!

Era el 76, su esposo era funcionario del Viceministerio de Hacienda. ¿No puso ningún pero cuando con sus hijos arrancó en esto?

Al contrario, ¡el sugirió el nombre de El Principito!

Con tres de sus cinco hijos se matriculó en un taller de títeres. Ramón, Rosita, Giselle y yo.

Y se metieron de lleno.

Al punto que uno de los instructores nos dijo: “¡Ustedes se quedan en el ambiente (artístico)!”. “No creo, porque...”. “¡Ustedes se quedan!”.

Al principio, las funciones fueron gratuitas, en nidos y colegios.

Era una de las exigencias del taller, y nos gustó tanto que seguimos dando funciones gratuitas porque, a la vez, las directoras de los colegios se comenzaron a pasar la voz.

Lo hacían gratis porque en casa había tranquilidad económica. Eso era muy importante. Y cuando comenzamos a cobrar, plata que teníamos, plata que invertíamos para mejorar la función.

¿Cómo se hicieron conocidos?

Fue la gente, que fue diciendo este (grupo) es bueno, este es bueno,



LA MAESTRA DE ALAN. Mario Vargas Llosa llevaba a sus hijos a las funciones que Bertha y los suyos daban en su garaje. Gian Marco y sus críos han disfrutado gracias a ella también. En un principio, antes de que llegue El Principito a su vida, Bertha tuvo un alumno. Sí, nada menos que Alan García.

LA FICHA

Nombre: Rosa Bertha Ruiz Álvarez de León.

Colegio: Sagrados Corazones, en Barranco.

Estudios: “A pedido de mi padre—porque pensó que me serviría— estudié juguetería y corte y confección, oficio que no ejercí sino hasta que después de muchos años entré al teatro”. Egresada del Instituto Peruano de Títeres y alumna libre de periodismo en San Marcos.

Edad: 78 años.

Cargo: Fundadora y directora general de El Principito.

este es bueno... Y llegó un momento en el que tuvimos que comenzar a cobrar, porque está bien hacerse de un prestigio, pero también necesitábamos otras cosas.

Comenzaron a cobrar, pero eso no impidió que ofrecieran funciones espontáneas como aquella que improvisaron en el ómnibus malogrado que los traía de regreso de Piura. Se malogró y comenzó a anochecer. El chofer llamó a Lima, iban a mandar otro carro para que nos recogiese, los papás reclamaban, los chiquitos comenzaron a llorar. Todo estaba oscuro. No se veía nada. Así que le dije a mi

hija: “¿Y si hacemos una función de títeres?”. “¿Pero cómo?”. “Hay que sacar los títeres que están en la bodega”. Un señor dijo: “¡Yo tengo una linterna!”. Y salió.

Se habían zambullido por completo en ese mundo. ¡Totalmente!

Eso debió alterar el normal ritmo de su familia.

Tengo la sensación de que no, porque mis hijos incluso mejoraron sus notas, tenían más seguridad, se expresaban mejor...

Ustedes mismos pegaban en las calles los carteles que anunciaban sus obras.

Éramos tan inocentes que creíamos que se podía pegar en las paredes ¡a mansalva! Íbamos en el auto con los afiches y el engrudo, pero pegábamos solo sobre los (carteles) que anunciaban espectáculos que ya habían pasado... Hasta que nos cayó la municipalidad, y tuvimos que pagar nomás.

Lo mismo ocurrió cuando comenzaron a alquilar teatros: tenían que pagar por ello, además de los impuestos, del pago al personal del teatro...

En Barranco no, porque entonces el alcalde era un mecenas—Renato Lértora—, él nos daba todas las facilidades. Cosa que no sucedía en otros lados.

Si bien contaban con el respaldo económico de su esposo, les quedó claro que hacer teatro no era rentable.

Cuando hacíamos funciones masivas sí, pero te dejaban la sensación de que no habías llegado como debías haberlo hecho a todos los niños. No era lo mismo que hacerlo en un teatro. ¿Qué hicimos? Desistimos. Ya llevábamos 10 años... Hacer teatro es muy sacrificado: desalienta.

¿En qué momento dieron el siguiente paso y comenzaron a dar funciones a domicilio?

Fue casi en simultáneo, y fuimos dejando los teatros. En Barranco, el nuevo alcalde ya no quiso apoyar; en Miraflores seguía la política de cobrar lo que ellos creían que se debía cobrar.

Las autoridades no solían valorar que estuviesen llevando cultura y diversión a los niños.

No. ¡Hasta ahora!

Fue por eso que convirtieron su garaje en sala para títeres.

¡No fue idea nuestra! Nos íbamos a presentar en La Cabañita que estaba aquí, en Barranco, en el parque de la lagunita—que ya desapareció—, pero un carro chocó contra un poste y nos dejó sin luz. Se vendieron las entradas pensando que todo se arreglaría, pero no se arregló. Comen-

“ El grupo podría trabajar sin mí, tampoco soy tan importante... Pero creo que todavía tengo para rato ”

zamos a devolver la plata, pero la gente se negó. Alguna vez habíamos dado una función en la casa. Alguien se acordó y dijo: “¡Vamos a su casa!”... ¿Te acuerdas del “Flautista de Hamelin”? La gente nos vino siguiendo desde la lagunita. ¡Todos entraron! Sacamos sillas del comedor, tratamos de acomodarnos y dimos la función.

Y se convirtió en tradición.

Amarramos un letrero al poste. Todos el mundo venía. Sabían que los domingos había función.

“Todo el mundo”. Incluidos Mario Vargas Llosa y sus hijos.

Con Morganita, Alvarito y su otro hijito ¡chiquitos! Y él se divertía como un niño. ¡Ahí tenemos la silla en la que él se sentaba!

Entonces la estrella de los espectáculos era su hija Rosa.

¡Claro!

¿Qué pasó cuando ella decidió

instalarse en Buenos Aires?

Se fue, y cuando la fuimos a visitar, nos incluyó en su show. Nos quedamos mes y medio, allá querían que nos quedáramos.

¿Y por qué no lo hizo?

Porque mi Perú es mi Perú. Mi Lima es mi Lima y mi Barranco ¡es mi Barranco!

Pero al regresar ya no iba a estar Rosa: la estrella. ¿Qué iba a ser del grupo?

Ella ya se había ido desprendiendo de la familia, así que cuando se fue, otra de las chicas tomó su lugar; y luego Giselle (la menor de sus hijas) entró, y nos fue regio.

Su familia fue alborotada por el teatro. ¿Su esposo jamás puso un pero?

No, y fue alborotada ¡totalmente! Porque la casa se convirtió en el lugar de reuniones de todos los grupos de teatro de Barranco.

Empezó a los 45, hoy tiene 78 años. ¿Por qué sigue?

¡Porque me siento saludable! Yo ando con tacos, voy a reuniones, hoy me voy al teatro... En algún momento pensé—hace 6 meses—que mi vida debía ser ya más regalada: divirtiéndome en el día y en la noche yendo al teatro, a comer, tal como viví en Buenos Aires la última vez que estuve allá. ¡Así tendría que ser mi vida! ¡Qué tanto teléfono y no sé qué! Pero, una vez acá, ¡yo no puedo estar sentada! Claro, el grupo podría trabajar sin mí, tampoco soy tan importante, pero creo que todavía tengo para rato.

Su grupo ya tiene 32 años. ¿Qué han ganado en todo ese tiempo?

¿Aparte del prestigio y de todas esas cosas? La satisfacción de saber que llegamos a un público para hacerlo mejor. Por ejemplo, “La Cenicienta”: no la presentamos solo como la historia de la chica pobre que perdió el zapatito y se casó con el príncipe. Nosotros vamos más allá. No nos quedamos en lo banal.

Décadas atrás, una amiga barranquina le trajo a su nieto para que le enseñara a hablar en público. Le trajo a Alan García.

¡Cómo sabes! Yo no le enseñé a hablar; yo era secretaria de Cultura del Partido Aprista, y la abuelita de él me dijo: “Compañera, a mi nietecito lo han programado para un discurso ante Haya de la Torre, enséñele”. Él tendría 9 años y le enseñé lo más que pude. Llegó el día del discurso, y lo hizo tan bonito, tan bien vocalizado... Era un encanto.

¡O sea que por culpa suya tenemos a un encantador de serpientes!

No digamos un encantador de serpientes... pero si un hombre muy encantador. ■

punto de vista

El valor del reconocimiento

Inés Temple

Administradora
DBM Perú - DBM Chile



¿Cuándo fue la última vez que reconoció el trabajo de uno de sus colaboradores? Seguramente recuerda su sonrisa al escucharlo, su agradecimiento y cuando lo vio partir feliz de saberse reconocido y valorado. ¿Recuerda cómo se sintió usted entonces? Seguro que también se sintió muy bien.

Sin embargo, muchas personas dudan antes de reconocer el trabajo de otros: “¿Habré hecho bien en

decirle que todo quedó bien? ¿Debí esperar a que termine todo el proyecto? ¿Y si ahora baja la guardia? ¿Y si deja de esforzarse al saber que la recompensa es tan fácil de obtener? O peor aun, ¿qué pasa si se la cree, me pide aumento o comienza a sentirse imprescindible? ¿Y si comienza a buscar otro trabajo?

Así, muchos optan por no reconocer a su gente, o lo hacen rara vez, cuando un trabajo fue excepcionalmente bueno, al terminar un proyecto o cuando no les queda otra. Para muchos, el reconocimiento es un momento que se da

una vez al año, en época de bonos o cuando se hacen las evaluaciones de desempeño. “Total—se justifican—, se les paga para hacer bien su trabajo cada día”.

Un ejecutivo me decía que no suele reconocer a su gente porque nunca hacen las cosas tan bien como él o como él espera que las hagan. Siente que es importante que sepan que él espera que hagan bien su trabajo por propia responsabilidad. Que la valla es alta y que no quiere ablandarlos ni menos darles mensajes confusos sobre sus expectativas de performance.

Sin embargo, un empleado bien motivado puede ser un trabajador excepcional. Es más, el reconocimiento del jefe es uno de los principales componentes del salario emocional y contribuye directamente a la satisfacción del equipo y al clima laboral. “Para el 66% de las personas el reconocimiento influye muy significativamente en su desempeño, mientras solo el 15% menciona el sueldo” (Watson Wyatt). Por otro lado, “el 79% de las personas que dejan un trabajo lo hace por falta de reconocimiento” (Society for Human Resource Management).

El desempeño óptimo viene directamente de las ganas de hacer bien las cosas. Por ello, quien se siente reconocido en su trabajo se

siente más comprometido y puede rendir mucho más.

Reconocer equivale a aceptar, a aprobar, a validar, a valorar al otro. Es un acto de generosidad intrínseca, de respeto, de agradecimiento. Dar eso a nuestros colaboradores o familiares no siempre es fácil; es más, ¡muchas veces hasta nos cuesta dar reconocimiento a nuestros seres queridos! Nuestra cultura no es muy proclive al reconocimiento del otro: podemos ser especialmente tacaños a la hora de reconocer y aceptar a los demás. Cambiar esa actitud es algo que a los peruanos nos ayudaría a ser mejores, más inclusivos, mejores líderes.

Dar reconocimiento puede ser tan sencillo como decir lo justo en el momento apropiado. Es el ánimo

mo a mitad de camino, que premia al esfuerzo y la actitud, y no solo al resultado final. No tiene que traducirse en recompensas materiales, aplausos o grandes celebraciones. Muchas veces basta una sonrisa y el aprecio honesto hacia el otro por su colaboración.

Es el tiempo y la atención que se le dedica para expresarle nuestra satisfacción por su apoyo o entrega. Es darle al otro esa energía que viene de saberse valorado. Las personas necesitamos mucho de esa aceptación y aprobación, que son alimento del alma, aunque cada quien lo necesita en su medida especial y particular. Dar reconocimiento es una práctica clave de liderazgo, y no requiere de tanto esfuerzo. ¿A quiénes felicitará hoy? ■■